

EL SILENCIO DE NUESTRO FINAL

CATHERYNNE M. VALENTE

HISTORIA
CATHERYNNE M. VALENTE

ILUSTRACIONES
SURFSIDE 3D

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO, TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
VALERIE STONE

TRADUCCIÓN
LAURA CAMPOS

CORRECCIÓN
PAULA GÜRTLER

Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



Semilla

La anciana Hagar siempre decía que el perdón es una semilla que uno planta para que la coseche otro. No es un acto único, sino un proceso. Y como cualquier otro proceso natural, el perdón lleva tiempo. Necesita cuidado. No se puede forzar ni apresurar. Hay que darle lo que necesita. Luz, agua, nutrientes. Espacio. Humildad. Resarcimiento. Y aun así, el mero hecho de que uno haya metido una semilla en el barro no obliga a nadie a hacer absolutamente nada con ese yuyo enclenque si no tiene ganas.

Los alumnos de Hagar pensaban que la anciana estaba hablando de que alguno de ellos se había robado el juguete de otro, o había delatado a alguien que se había escapado durante el período de meditación silenciosa, o se había servido doble ración de hongos calientes. Y era cierto. Pero cuando la anciana Hagar hablaba, siempre hablaba de muchas cosas al mismo tiempo.

Ahora Orweyna lo entendía. La lección debajo de la lección. Y entendía que no importaba cuántas semillas plantara, la persona que más quería en el mundo prefería quemar cada hoja penitente antes que cosechar un solo fruto.

Aunque no importaba cuántas veces acomodara las piezas de lo que había pasado, no importaba cómo las posicionara, qué patrón formara, qué diseño inventara, no podía, le era imposible ver qué había hecho mal.

En los días buenos, cuando la luz brillaba fuerte y Orweyna también, se decía que había sido un buen negocio. Amarakk estaba vivo, después de todo. Vivo y odiándola era mejor que muerto e incapaz de amar nada más.

En los días buenos.



Cuando Orweyna no era más que un brotecito flacucho y desaliñado, amaba cinco cosas en toda la extensión de las esplendorosas tierras protegidas de Harandar.

El sonido de la voz de Hagar, que la trataba como una alumna y como una nieta.

El sabor del agua fresca después de una larga caminata.

La vista de las raíces salpicadas de hongos brillantes de Teldrassil, el árbol de nosotros, sus raíces en lo alto, abrazando la tierra con tanto amor como los brazos de una madre.

El olor de las bayas en la rama cuando están listas para arrancar.

Y la sensación de estar con Amarakk, su hermano, su amigo, su aliado en todas las travesuras... e hicieron tantas travesuras.

Todo lo demás no le importaba nada a Orweyna. Todo lo demás estaba *en su camino*. Eran enormes rocas reprobadoras que caían rodando entre Orweyna y la aventura, entre Orweyna y la satisfacción. Ya había conocido a todas las personas del mundo, o eso creía, y a todas les encantaba prohibirle hacer o tener o ver o probar cosas, mucho más de lo que la amaban a ella por ser ella misma. La situación la enfurecía tanto que juró ante los dedos pétreos de Teldrassil que jamás amaría a nadie que no la amara aún *más* a ella. Era tan joven en ese entonces, de verdad creía que ese juramento era la protección más perfecta contra el sufrimiento que jamás hubiera diseñado un haranir, rutaani, fungálido o árbol.

Y es que Orweyna deseaba hacer y tener y ver y probarlo todo, en caso de que hubiera una sexta cosa que amar por ahí, escondida.

Excepto la vida de un shul'ka. Orweyna no tenía ningún interés en probar eso. Los shul'ka cargaban con el gran peso del honor. Eran guerreros poderosos. Reservados, aislados. Pero no era un poder ni un honor que alguien pudiera desear. Vivían cerca de la Falla de Aln, alejados de los demás haranir, y hacían su trabajo aislados y en silencio, todo por su pueblo. Cortaban su conexión con la canción de la diosa para poder entrar en la Falla sin perderse en la canción deforme y astillada que aullaba en aquellos riscos y valles malditos. Para poder recordar sus propios nombres mientras luchaban por contener las cosas monstruosas que vivían ahí. Para poder proteger al mundo de Harandar de las abominaciones deformes que eran los desdeñados de Aln, las pesadillas quebradas que habitaban la Falla, antes de que las bestias pudieran cruzar la frontera de las aldeas haranir. Para poder afrontar la batalla constante en la tierra de las criaturas sin volverse locos con la música demencial y destrozada.

No podía decirlo en voz alta, pero Orweyna siempre había pensado que los shul'ka eran prácticamente una raza de desdeñados de Aln también. Versiones perturbadas de los haranir, incapaces de oír la canción, condenados al sufrimiento eterno... solo que ellos mismos se habían infligido su condición. Ellos habían invitado la perversión, porque habían despreciado a la Falla de Aln pero también a Aln'hara misma, su diosa, y todos sus dones. Era un sacrificio, pero no dejaba de ser un desprecio.

Sí, había algunas cosas que Orweyna sabía que no quería probar, después de todo.

La canción de la diosa no contaba entre sus cinco amores. No era algo que uno pudiera decidir si amar o no, así como no es posible decidir si se ama el propio corazón que late en el pecho. Era la canción de estar vivo. La canción propia. Sin ella, no eras más que triste carne. Sin ella, desaparecías.

Amarakk tampoco contaba: como la canción de la diosa, siempre estaba con ella. En este mundo a media luz, siempre floreciente, el niño Amarakk y la niña Orweyna eran imposibles de separar, ni por la fuerza ni con ruegos ni con sobornos... y muchos lo habían intentado. Eran dos asas de una canasta de mimbre, y esa canasta muy a menudo estaba prendida fuego. Salvajes, desobedientes, tontos, indómitos. No importaba cuántos haranir vivieran y se rieran y festejaran y trabajaran alrededor de sus travesuras, el pequeño mundo laberíntico de las raíces y enredaderas entretejidas de Teldrassil era su reino personal. Los dos se escondían de sus deberes entre hongos que

eran tan altos y grandiosos como árboles antiguos, corrían por los campos de bejines y esporas violáceas tan pequeñas y numerosas como los minutos de la infancia, que siempre parecen infinitos hasta que de repente se acaban. Y en las profundidades de la canción de la diosa, siempre que estaban juntos, la melodía que era Orweyna y la armonía que era Amarakk se sincopaban y formaban algo nuevo, hermoso y dulce, una canción propia en el vasto mar de sonidos que era la sinfonía unificada y silenciosa de Harandar.

Y, sencillamente, nunca es posible separar a una canción de sí misma.

Todos esos adultos rezongones de gesto adusto solo veían que la huérfana salvaje y el buen hijo de buena familia eran *diferentes*. Entre los haranir, lo *diferente* no era muy común. No había lugar en la imaginación de esta anciana entrometida o aquel guardarraíces severo para entender que la diferencia de dos criaturas pequeñitas iba mucho más allá de su propensión a escapar de los quehaceres. Que la canción de amor divino que discurría por la mente de los aldeanos como un zumbido suave que se contraponía al ritmo de sus vidas, en Amarakk y Orweyna se elevaba y cantaba como un coro de miles. Por eso, sus objeciones siempre resultaban extrañas y débiles, porque nadie podía poner en palabras lo que ocurría entre ellos dos.

¿Por qué no pueden jugar y hacer sus tareas y estar contentos como los demás niños?

¿Por qué nunca hacen lo que se les dice?

¿Por qué no pueden hacer nada separados?

—Todo terminará en dolor —suspiraba el anciano Ruia en esos días lejanos, coloridos como un caleidoscopio. Observó junto a Hagar a los jóvenes haranir que se reunían en los jardines para comenzar la lección. Ni *reunirse* ni *esperar* se contaban entre los talentos de Amarakk y Orweyna—. Nuestras costumbres son como son por un motivo. Desviarse del camino es invitar a la desgracia.

—Hay que esperar para ver —dijo la anciana Hagar y asintió con la cabeza mientras se rascaba una verruga a medio sanar que tenía detrás de una de sus largas orejas—. Las invitaciones muchas veces llegan tarde, o directamente no llegan.

El anciano Ruia gruñó con brusquedad.

—El tiempo demostrará que tengo razón. Los yuyos rara vez se transforman en flores. Solo llegan a ser yuyos más grandes.

Y en las profundidades de la canción de la diosa, siempre que estaban juntos, la melodía que era Orweyna y la armonía que era Amarakk se sincopaban y formaban algo nuevo, hermoso y dulce, una canción propia en el vasto mar de sonidos que era la sinfonía unificada y silenciosa de Harandar.

No había pasado una hora de esa conversación y la anciana Hagar ya se la había transmitido a los pequeños traviesos. Hagar no creía en hablar de los demás en secreto. *Todas las conversaciones sobre nosotros nos pertenecen tarde o temprano. Temprano si estamos presentes para escucharlas; tarde, y maltrechas, si nos llegan una vez que han pasado por muchas manos. ¿Por qué no ahorrar tiempo y hablar solo una vez, en una charla tan sencilla y honesta como la tierra que tenemos en la nariz?*

Amarakk respondió enojado que *obvio* que iba a ser una flor, casi al mismo tiempo que, con una sonrisita, Orweyna declaró que se convertiría en el yuyo más poderoso que Harandar hubiera visto, ya iban a ver.

—Además —resopló Amarakk—, ¿qué hacen los adultos que es tan genial?

—Trabajar. Morirse —masculló Orweyna lúgubremente y se fue corriendo de la habitación de Hagar.

Eso era todo lo que, para ella, sabían hacer los adultos, porque era lo único que recordaba haber visto hacer a sus padres. Ni siquiera en una batalla noble o protegiendo a los suyos. Un abrir y cerrar de ojos y se habían ido. La caída repentina de una raíz que no habían podido ver ni oír antes de que los sepultara.

Amarakk hizo una cara y salió corriendo detrás de su amiga, gritándole que no todo giraba a su alrededor. Hagar sacudió la cabeza. Amarakk siempre salía corriendo detrás de Orweyna. Probablemente siempre sería así. Una vez que Amarakk la atrapó, Orweyna se dio vuelta riendo, toda oscuridad ya olvidada. Le dio unos cuantos puñetazos en el brazo hasta que Amarakk admitió que todo *sí* giraba alrededor de ella, y también que él era un cabeza de árbol con orejas estúpidas.

Así son los niños. Así es la infancia.

Pero Amarakk y Orweyna nunca discutían o, al menos, Amarakk nunca ganaba. Hacían lo posible por no trabajar en absoluto. Y ninguno de los dos tenía ninguna intención de morirse, ni en ese momento ni nunca.

Solo a veces interactuaban con otros niños haranir; los adultos les interesaban poco. Sus reglas, en absoluto. Los dos corrían juntos por el largo sueño de la infancia. Aunque él era unos años mayor que ella, eso no importaba. Orweyna era generosa y no le reprochaba a su querido amigo su decrepitud y edad avanzada.

Tal vez era inevitable. Después de todo, si alguno de los dos hubiera mostrado la mínima capacidad de comportarse, de hacer lo que amablemente les indicaban, de reunirse, jugar o compartir con los demás, Orweyna y Amarakk nunca se hubieran conocido. A la anciana Hagar nunca le habían interesado los niños dulces y obedientes que no causaban problemas. Ella misma nunca había sido así. Sin decirle a nadie, se había propuesto adoptar a las semillas que nadie más podía convencer de echar raíces.

Por eso, para ganarse el título de alborotador entre los alumnos de Hagar, realmente había que hacer un gran alboroto.

Hagar intentó, con todas sus fuerzas. Pero no había muchas esperanzas de lograr que esos dos se comportaran. Nunca respiraban el mismo aire, ni respondían las mismas preguntas antes que los demás, ni comían los mismos tubérculos y el mismo néctar todos los días, ni sufrían por habitar ese páramo infinito que se extiende entre *tener edad para discutir* y *tener edad para ganar la discusión*.

Y lo que es peor: eran *inteligentes*. Más inteligentes que los demás. Lo que no sabían, el crescendo de la diosa que resonaba en sus corazones se lo decía fuerte y claro. Ese era el primer problema. El segundo era que ellos *lo sabían*. Y aunque eran más cercanos que dos hojas en un mismo tallo, Amarakk no podía parar de intentar impresionar a Orweyna. Y Orweyna siempre estaba intentando superar a su amigo más grande. Ese era el tercer problema. Y el cuarto.

¿Pero el quinto problema? Ni siquiera el guerrero más fuerte con la espada más afilada y un escudo brillante como la mismísima Cuna podría enfrentarse a ese problema y salir victorioso.

Porque cuando dos niños comparten un secreto, no queda espacio para que los adultos puedan colar sus ideas serias, seguras y sensatas. Y el secreto de Amarakk y Orweyna era grande. Completamente delicioso. *Demasiado* grande y *demasiado* delicioso para solo dos manos. Se necesitaban *al menos* cuatro.

—Amarakk —le susurró Orweyna mientras Hagar le decía al pequeño Hannan, un niño mofletudo, que si seguía discutiendo con ella, iba a hacer que su lengua saliera volando de su boca hasta llegar a un anzuelo para que la usen de carnada—, ¿no te parece que es una verdadera *pérdida de tiempo* estar aquí escuchando a Hagar hablar sobre nuestros ancestros cuando hay *otro* mundo allí arriba?

—Shhh —la calló Amarakk—. ¿Quieres quedarte sin lengua?

Orweyna veía en sus ojos que estaba calculando la probabilidad de que la anciana Hagar pudiera realmente ejecutar toda la cuestión de la lengua y el anzuelo. Era *muy* alta y fuerte y misteriosa, después de todo. Amarakk siempre pensaba las cosas un poco más que Orweyna. Era un poco más ansioso. Un poco menos seguro.

Pero ella sabía que la anciana Hagar no hablaba en serio. Aunque muchos en la aldea la llamaban anciana Hagar, Orweyna era quizás la única que le conocía otro costado. Era como una abuela... adoptiva. Aunque eso no importaba en el transcurrir de los días. Hagar nunca trató a Orweyna de un modo diferente que a los demás niños a su cargo. *Nuestras costumbres son como son. Todos somos uno. No hay nadie más importante que los demás.* Además, pensaba, si la anciana Hagar tuviera el poder de separar mágicamente la lengua inquieta de un niño de su boca, ya se lo habría hecho a Orweyna hace mucho tiempo, dos veces durante las vacaciones y una tercera si la lengua le hubiera parecido extraña.

El único método infalible para lograr que Orweyna hiciera algo era que Amarakk insistiera en que era imposible. Y la forma más segura de lograr que Amarakk entrara en acción era que su amiga más joven que él le dijera que algo era demasiado peligroso para alguien tan pequeño. Era un juego para ellos en esa época, en especial cuando uno sentía el calor del deseo del otro, pero no lograba apagar el miedo en el fondo de su corazón para intentarlo.

Él lo sabía. Siempre lo había sabido. Después de todo, en alguna parte de su corazón, Orweyna todavía creía que estaban jugando.

—Eres más aburrido que un champiñón —le dijo Orweyna entre dientes—. Nos escapamos después de comer. Escóndete detrás de las raíces que parecen una calavera de serpiente. Lleva todas las bayas que puedas. Y un frasco de agua fresca. Y las tijeras de podar. Róbate algunos anacates si es que Ney'leia no se los devora todos en lo que dura medio hipo.

—¿Y tú qué llevarás?

—Valentía, Sir Cobardoni —susurró la niña haranir y le guiñó un ojo tratando de convencerlo—. Por lo que veo, hoy te olvidaste de traerla.

Los ojos jóvenes de Amarakk se llenaron de sombras.

—¿Ah, sí? —dijo con calma.

Orweyna se puso colorada de vergüenza.

—Eso fue una vez —tartamudeó—. Bueno, dos. Y, de todos modos, juré que nunca iba a abandonarte de nuevo. *Nunca*. Para que sepas.

Orweyna no sería pequeña para siempre. Nadie lo es. Crecería y sería menos flacucha, menos desaliñada, tanto como yuyo o como flor. Disfrutaría de muchos placeres, grandes y suaves, extraños y pequeños. Y si la diosa le preguntara cuál de todos esos volvería a vivir, aunque fuera su último día de vida, no podría elegir otra cosa que no fuera la alegría iridiscente, ardiente, filosa de tomar una mano que amas más allá de toda lógica y salir corriendo de tu destino directo hacia algo que sabes perfectamente que nunca fue para ti.

No había otro mundo en realidad.

Orweyna hablaba de la superficie; el lugar del que había venido su pueblo hacía mucho tiempo, donde habían vivido hasta que siguieron la voz de la diosa hasta aquí. Y Orweyna se había enterado de que se podía llegar con magia.

Pero la superficie estaba prohibida, era un lugar donde los haranir no podían ir, muchos menos dos niños de rodillas paspadas. Cuando Orweyna conjuró la magia entre las grandes raíces de Teldrassil, salieron del suelo enredaderas y raíces, tan cerca y tan apretadas que casi se transformaron en paredes, grandes trenzas de esmeralda y zafiro y oro. Apareció un portal en la maraña y, cuando lo atravesaron, el suelo comenzó a elevarse, cada vez más lejos de su mundo y hacia *otro lado*.

—¡Orweyna! ¿Lo oyes?

—¿Si oigo qué?

—¡Inténtalo!

—*Estoy* intentando, Amarakk, ¿qué se supone que tengo que escuchar?

—A ella. *¡A ella!* ¡La diosa está cantando!

—Siempre oigo eso. No seas aburrido.

—¡Pero suena muy fuerte! Nunca la había escuchado tan fuerte, ¡en mi vida! Y la melodía es extraña, melancólica y complicada. Aln'hara siente algo por lo que hay detrás de ese portal. O por nosotros. O por ella haciendo esto con nosotros.

Orweyna acomodó los hombros y pasó el cuello. Amarakk sonrió y arqueó la espalda, y abrió los dedos de los pies en la oscuridad. En ese entonces, recién empezaban

Disfrutaría de muchos placeres, grandes y suaves, extraños y pequeños. Y si la diosa le preguntara cuál de todos esos volvería a vivir, aunque fuera su último día de vida, no podría elegir otra cosa que no fuera la alegría iridiscente, ardiente, filosa de tomar una mano que amas más allá de toda lógica y salir corriendo de tu destino directo hacia algo que sabes perfectamente que nunca fue para ti.

a entender hasta dónde llegaba su poder. No podían hacer nada grande ni aterrador, nada salvaje o loco, ¿pero algo *chiquito*?

Ah, lo *chiquito* es el reino de todos los niños.

Amarakk tomó la mano de Orweyna y la apretó. Ella le dio otro apretón en respuesta. Entre los dos apretones, dos niños se desvanecieron.

Y, a los tumbos, respiraron por primera vez el aire de ese otro mundo. Con una mirada, cambiaron de forma: dos murciélagos en vuelo. Se reían, agitaban sus alas lustrosas y vientres redondeados, y se chocaban para demostrar su destreza mientras se arrojaban, bailando, hacia la luz.

Luz. Luz de verdad. No la Cuna. No el resplandor tenue y reconfortante que parecía filtrarse de un vidrio esmerilado que los había sostenido con suavidad en cada momento de su vida. Luz. Luz en todas partes. Tan dura y brillante que quemaba las pupilas de sus pequeños ojos y los enviaba, enceguecidos, a buscar refugio en las nubes desconcertantes.

Nubes. Ni Amarakk ni Orweyna sabían que la palabra podía significar algo más que el vapor del estofado caliente, o las volutas que salían de la pipa de un anciano. Pero cuando, poco a poco, recuperaron la visión, pareció el nombre correcto para esos enormes pompones blancos que se movían lentamente por ese aire de un azul, un brillo y una belleza imposibles.

Cielo. Solo conocían la palabra de las historias de la anciana Hagar o las pinturas de la cueva sagrada.

La canción de la diosa todavía se movía dentro de ellos. Canturreaba, golpeaba, latía, suspiraba en su cabeza; aún cantaba sobre la luz de la Cuna, los aullidos de los animales y todo lo que crecía lentamente abajo. Pero ahora la diosa cantaba sobre algo nuevo, sobre las canciones ardientes, rápidas, amarillas y azules de este nuevo territorio. Sobre un nuevo ritmo. *Suban, suban*, parecía decir. *Suban: es la única manera de poner todo en su lugar, como debe ser. Suban, mis niños. SUBAN.*

Sí, al otro lado del raizportal había otro lugar. Un lugar que no se parecía en nada a Harandar. Un lugar donde la luz no provenía del brillo de las raíces enmarañadas, sino de una bola de fuego que brillaba en el cielo, como en las leyendas antiguas. Donde los colores extraños salidos de canciones y poemas quemaban los ojos con una violencia tal

que se veían imágenes residuales brillantes y fragmentarias durante horas, y los sonidos hacían que dolieran los oídos. Sonidos que a veces se llamaban trueno. A veces, pisada de casco. A veces, canción de pájaro.

A veces, chirrido de metal contra metal.

Y a veces, gritos.

Amarakk y Orweyna no pudieron quedarse mucho tiempo. Era demasiado. Era tan grande. Esa extensión de verde bajo azul en la que desembocaba su pequeño raizportal secreto parecía ser un lugar por el que se luchaba a menudo. Bestias enormes cruzaban a toda velocidad la llanura, cargando sobre el lomo a otras bestias que agitaban ramas plateadas y blancas que destellaban en la luz cegadora y hacían un sonido metálico horrible cuando se chocaban, cada vez que las bestias arremetían gritando palabras que los niños apenas entendían... una de ellas la más repetida:

¡Azeroth! ¡Por Azeroth!

Se quedaron en forma de murciélagos todo el tiempo que pudieron, aterrados de volver a cambiar. Extasiados por el vuelo. Aterrados de nunca *poder* volver. Extasiados de haber escapado. Cuando ya no pudieron seguir sosteniendo su forma animal, se arrojaron en picada por el portal y bajaron, bajaron, bajaron hasta llegar a tierras familiares y seguras.

Pero no tan seguras como imaginaban.

Tierra

Después de Azeroth, ¿quién podía volver a las meditaciones y las comidas tranquilas? Amarakk y Orweyna nunca pudieron. Con el tiempo, se desafiaron a más aventuras en la superficie, a más lugares a los que no debían ir, hasta que quedó muy poco nuevo o emocionante para hacer abajo, excepto, quizás, por un lugar.

El Valle de las Brumas era un sitio que Orweyna y Amarakk conocían bien, una vasta extensión de tierra donde los haranir patrullaban y cazaban para asegurarse de que, si algún desdeñado de Aln escapaba de la Falla cercana, no pudiera pasar de

Amarakk y Orweyna no pudieron quedarse mucho tiempo. Era demasiado. Era tan grande. Esa extensión de verde bajo azul en la que desembocaba su pequeño raizportal secreto parecía ser un lugar por el que se luchaba a menudo.

ahí. Esas personas, fuertes y recias como debían ser, muchas veces acampaban en el Valle para descansar, curar sus heridas, comer al final de un día cansador, beber en honor a los amigos perdidos, y recordar lo que defendían y preservaban con su propia sangre, y con la sangre de otros que eran incluso más importantes para ellos.

Pero para los niños haranir, salvajes e inquietos, ese terreno parecía tan vasto y aterrador y emocionante y serio y fascinante e infinitamente invitante como una metrópolis bulliciosa. Un laberinto de lumiflores y niebla, tan enredado que uno se perdía rápidamente y solo era posible volver a orientarse con inteligencia y velocidad. Un lugar donde una niña podía desafiarse.

Ven a buscarme. Ven a buscarme en la niebla.

Pero no hay nada bueno en la frontera de la Falla para quienes están creciendo. Primero, corrieron por el Cubil apenas lo vieron; se escondían y se provocaban y se escabullían y escuchaban a hurtadillas en los riscos verdes y las sombras violetas, las raíces negras serpenteantes y la boca de la cueva que se abría para dar paso, más abajo, a una niebla plateada y dorada. Pero entre escondidas, provocaciones y escabullidas, a veces, *a veces*, la adultez aparece antes de tiempo.

Hay cosas en la Falla. Es imposible describir a los desdeñados de Aln comparándolos con otros animales, otras personas, otros monstruos. Están más que rotos, más que deformados… Nunca debieron *existir* en absoluto. Vienen de la Falla de Aln, pesadillas reptantes.

Cuerpos imposibles. Descuerpos. Conglomerados de anatomías que nunca podrían funcionar juntas excepto para provocar una agonía infinita: pulmones que se conectan con estómagos, flores y frutos llenos de garras, dientes, miles de ojos malévolos. Huesos de mariposa que cargan el peso de músculos de minotauro, corazones que bombean viento y llamas y sabia verde en venas secas y agonizantes que solo debían recibir sangre. Carne que se odia a sí misma. Buscando aire, respirando solo dolor. Y todos nacen famélicos, siempre hambrientos sin importar cuánto coman.

La mayoría muere días o semanas después de nacer.

Los que duran son peores.

Y algunos escapan.

Jugando en la niebla, desafiando a Amarakk a encontrarla, Orweyna corrió tanto que el Cubil ya había quedado fuera de vista antes de poder entender dónde estaba. La niebla oculta la distancia, la profundidad, el peligro.

Cortando el gris, apareció una voz. Un grito de furia metálico que salía de las entrañas. No-sanos, no-haranir, no-nada. Orweyna se paró en seco, moviéndose sin dirección en medio del polvo de esporas. ¿Lo había oído primero en sus propios oídos? O en la disonancia aterrada de la canción de la diosa, el alarido antinatural de notas chirriando contra notas que nunca deberían tocarse, el grito de una partecita rota de su creación que llamaba muerta de miedo y de dolor.

—¡Amarakk! —Orweyna gritó aterrada. Nunca había estado verdaderamente sola. Hagar, su aldea, su gente, siempre estaban cerca. Ni siquiera una huérfana puede estar sola entre los haranir. Ahora ni siquiera podía ver los puntitos de las lumiflores sobre el Cubil. Todo era gris. Y el gris estaba lleno de gritos.

Orweyna sentía el aliento en las plantas de sus pies mientras corría y gritaba el nombre de Amarakk, desesperada por oír una respuesta. Ya estaba exhausta de tanto trepar, correr, clavar las garras para descender de nuevo a la dichosa oscuridad, y todo con apenas un bocado en el vientre desde que se había despertado. En la niebla impenetrable, se topó con el nudo de una raíz que sobresalía de la roca fuerte y derecho y duro... pero no, no era en absoluto una raíz: era Amarakk, que la tomó con fuerza y se aferró a ella como si se estuviera ahogando. Por un momento, creyeron que podrían huir corriendo de la niebla y lo que fuera que acechaba en su interior. Encontrar el camino de salida solos, como siempre hacían, y volver a lo que era real, lejos de la estúpida fantasía de Azeroth, fuera lo que fuera el significado de esa tonta palabra. Pero los desdeñados de Aln no son carne de verdad. No los rigen las leyes de los pies, la tierra, la aceleración, la sangre y el aire que recorre la carne. Y este estaba tan cerca. Casi adentro de ellos, como su propio aliento.

Amarakk la arrastró hacia adelante, ciego como un murciélago en la luz. Pero Orweyna era más pequeña. Sus piernas un poco más cortas. Sus pulmones un poco más chicos. Su miedo más grande que el dolor de seguir corriendo.

La cosa que los encontró en el Valle no era tan grande. Más tarde, los dos lo admitirían. Incluso ellos habían oído las historias de no-bestias mucho más enormes y hambrientas. Pero en ese entonces eran solo niños. Y veían con ojos de niños.



No era tan grande, pero era más rápida que un sueño.

Atrapó el talón de Amarakk con su boca con facilidad. Después su pantorrilla. Y, en ese momento, con la otra mitad de la canción de la diosa en la boca afilada de la más pura demencia, Orweyna no vio a un pobre animal feroz apenas más grande que un gato montés. No vio a una bestia muerta de hambre que había olido carne por primera vez en toda su existencia maldita.

Vio un gigante. Una masa de dientes afilados y retorcidos que se extendía dentro de una rosa de carne, un cuerpo largo de piel luminosa recubierto de una luz brillante, aceitosa y resbaladiza que formaba ángulos extraños, garras que se abrían paso desde una columna vertebral destrozada mientras la horrible criatura se aferraba a la pantorrilla de Amarakk, intentando avanzar con torpeza como un niño que intenta caminar sobre sus párpados. Vio la muerte que venía por su pueblo encarnada, viva, hambrienta, dispuesta a llevarse a la única persona que no podía perder.

El desdeñado de Aln gritó. Amarakk gritó. La canción en la cabeza de los niños lloró y se astilló.

Y Orweyna *se paralizó*. Ah, la vergüenza de ese momento se quedaría por siempre con ella y no podría olvidarla. La niña valiente se paralizó. Y lo peor de todo: Amarakk vio cómo se paralizaba. La cosa tenía el pie del niño en la boca arruinada y retorcida que ocupaba toda su cara. Los dos cruzaron miradas y, en el fondo de sus corazones, sonó la horrible campana de la decepción.

Amarakk dejó de gritar. El adorable brillo pícaro de color dorado que siempre había en sus ojos se apagó. Se desplomó sobre el suelo arcilloso de la espesura y comenzó a llorar como el niño que era en realidad, grandes sollozos entrecortados de miedo y desesperación. Ni siquiera llamó a su amiga. ¿Para qué? La realidad sobre la valentía de Orweyna había quedado expuesta: tan solo una mentira y una pose para escaparse de las lecciones. Se quedó quieta como una roca y miró cómo la mejor persona del mundo se rendía. Casi podía oír las palabras salir de la boca de Amarakk; la verdad, la verdad verdadera:

Si solo tienes a Orweyna entre ti y la ruina, no tienes nada entre ti y la ruina.

La bestia comenzó a alimentarse.

Cerró los ojos y gimió casi de placer mientras se tragaba la sangre de Amarakk. Los gritos solo la enviaron de vuelta a sus propias pesadillas. Pero el silencio repentino quebró la quietud de Orweyna.

Saltó sobre la columna llena de garras del desdeñado de Aln y cerró los ojos. Los mantuvo así, tan apretados que dolían, con manchas de colores que explotaban en la oscuridad... y clavó la daga mientras se aferraba con desesperación. La criatura pateó, mordió, escupió, cortó... pero entre los omóplatos es un buen lugar para atacar a casi cualquier cosa. Orweyna destrozó su cuerpo. Lo sintió morir entre sus rodillas, lo sintió llorar hasta casi dejar de moverse. Lo sintió rendirse y, cuando lo hizo, oyó la canción de su muerte colarse en la canción de la diosa como una tinta azul fría.

Amarakk y Orweyna se abrazaron en la niebla por lo que parecieron horas, temblando sin decir una palabra. Ella quería decirle cuánto lo sentía. Quería decirle lo contenta que estaba de que él hubiera sobrevivido. Él quería decirle que había tenido miedo porque él era muy pequeño y el peligro muy grande. Quería decirle que estaba orgulloso de ella porque había sido muy valiente y el peligro ahora era bastante pequeño.

Pero ninguno dijo nada. Solo se quedaron abrazados en silencio. Vendaron las heridas de Amarakk con ortiga y barro y susurraron palabras que los dos deberían haberse esforzado más por aprender. Si hubieran sido más serios. Si hubieran sido mejores. Si hubieran sido más como el resto de su pueblo, como les habían dicho tantas veces.

Cuando volvieron, dijeron una especie de verdad. Que un desdeñado de Aln los había sorprendido en el bosque, que había mordido a Amarakk, que Orweyna lo había matado. Hagar los alabó, pero ninguno de los dos sintió la calidez de sus palabras.

El curso de la conversación cambia pronto entre los jóvenes. A cualquier cosa que no sea dolor. A la bestia, a cómo se adentró tanto en el Valle de las Brumas, fuera de la Falla, sin que nadie la viera. Los shul'ka, que dedicaban la vida a proteger a los haranir de esas criaturas, siempre eran pocos, pero suficientes. Los guardias en la orilla de la Falla tendrían que haberla atrapado.

Amarakk y Orweyna se escabulleron mientras los demás debatían. Ya no soportaban que hablaran de ellos. Necesitaban dormir. Además, casi no entendían las palabras de los ancianos entre tanto cansancio y tanta vergüenza.

Saltó sobre la columna llena de garras del desdeñado de Aln y cerró los ojos. Los mantuvo así, tan apretados que dolían, con manchas de colores que explotaban en la oscuridad... y clavó la daga mientras se aferraba con desesperación.

Pero aunque su sangre lo pedía a gritos, Orweyna no podía descansar. Fue a la habitación de Amarakk. Su corazón ni siquiera sabía cómo cerrarse a ella. Orweyna se sentó a los pies de la cama. Le acarició el tobillo vendado con suavidad, como una mascota que busca atención. Él no se la dio.

—Está bien —dijo Orweyna—. Sé una piedra si quieres. Yo seré agua. Tendré paciencia.

Dejó su pequeño regalo, envuelto en una hoja grande, azul y dorada.

—En algún momento, la piedra se rompe. Yo siempre vendré a buscarte. Lo juro por la canción de la diosa y por mi propia alma verde.



Durante la meditación de la mañana, Orweyna vio su disculpa brillar entre los pliegues de la túnica de Amarakk: un amuleto tosco labrado con la piedra negra y dura que cubría la tierra que habían visto por primera vez en la superficie. Para que siempre recordaran de dónde venían. Donde había nacido su vínculo. Orweyna le había tallado un diseño con la misma hoja que había usado para matar a la bestia y después había pintado el surco con pigmentos robados a los zur'ashar y con su propia sangre. Una forma simple, la forma del portal que los alejaba de su hogar y a través del cual brillaba el lugar llamado Azeroth.

Aun así, durante días, casi no se hablaron. Incluso los otros niños comenzaron a mostrarse inquietos con su distancia. El pequeño Hannan rompió en llanto y trató de juntarles las manos, de hacer que se las tomaran bajo la mesa como siempre, siempre habían hecho. Era tan pequeño, el más chiquito de todos. No dijo nada. Solo juntó las manos de Amarakk y Orweyna como si fueran las dos partes de una herramienta rota y se quedó mirándolos, los ojos enormes arrasados en lágrimas.

Amarakk y Orweyna *tienen* que estar más juntos que dos enredaderas trenzadas; si no, ¿qué otra cosa es segura en el mundo?

Los dos amigos podían soportar su propio dolor, pero no el de Hannan, así que entrelazaron sus dedos con la naturalidad que da la práctica y forzaron una sonrisa para él.

Su cara resplandeció. La de ellos no. Pero recuperarían algo de su brillo, con el tiempo.

Orweyna no sabía que, durante esos días en que no podían mirarse a los ojos, la culpa enturbiaba cada vez más los pensamientos de Amarakk.

Porque si ella se había paralizado, él también.

Si ella debía avergonzarse, él también.

Orweyna no podía siquiera imaginar esos pensamientos. Su silencio tenía otra raíz. No había hablado durante días enteros porque no podía olvidar el llanto agonizante del desdeñado de Aln. Volvía a resonar en su cabeza una y otra vez, como una melodía rasgueada en un arpa imposible de quitar de la mente.

Sonaba como los sollozos de un bebé haranir recién nacido, desesperado por que alguien lo consuele en la oscuridad.

Ese pensamiento le daba escalofríos a Orweyna, porque esa criatura era la primera cosa que realmente había matado con sus propias manos.

Luz

Pasaron los días.

Las semanas. Después los meses. Después aún más días y noches y meses, que transcurrieron entre una maraña apretada de niños salvajes, que se reunían a los pies de Hagar como un racimo de hongos moteados. Estudiaban, comían, escapaban, espiaban, regresaban bajo el manto de las lumiflores y los susurros. Crecían como las flores de una enredadera, que cada noche se abren un poco más, se enredan un poco más, echan zarcillos y brotes nuevos hacia el largo futuro por delante. Buscaban sus viajes secretos y especiales al mundo de Azeroth a través de los raizportales. Se contaban cientos de miles de historias sobre la gente que debía vivir ahí, las vidas que debían llevar, las batallas que debían luchar contra enemigos gloriosos, las canciones que debían cantar y los amores que debían hacer latir sus corazones tan rápidamente como el de cualquier haranir.

El malestar se disipó pronto. Al menos eso creyó Orweyna. Al menos el suyo. La canción de la ventana hacia Todo lo Demás la llamaba con tanta fuerza que eclipsaba cualquier otro pensamiento. Hasta el pequeño Hannan comenzó a olvidar que ella y Amarakk una vez se habían soltado la mano.

El día de la ceremonia se acercaba. El paso a la madurez de los haranir. El día que entrarían a la Guarida de la Remembranza y verían las pinturas vivas de los recuerdos más profundos de su pueblo con sus propios ojos. No solo oirían la canción de la diosa, sino que verían ante ellos, en colores brillantes, el destino que ella había plegado para cada uno en particular en las cestas del tiempo, antes de que empezara el mundo. Donde conocerían, por primera vez, a las personas en las que pronto se convertirían.

Ah, ¡la excitación que había en la cabaña de Hagar ese día! La diosa nunca mentía. No a los haranir, sus hijos más especiales. Si alguien soñaba con una vida de madre, los llantos de bebés sanos serían la canción de todos sus días. Si alguien veía en las paredes de la gran guarida días largos pintados de hojaverde y licores rojos, la mancha de tinturas y medicinas en las puntas de los dedos mientras cuidaba a los agonizantes, el cuidado atento de un jardín de herborista ya lo estaba esperando. El padre de Amarakk dijo que se había visto nadando en un mar de ramas y enredaderas, y no había manos, sin importar cuán diestras, que pudieran trenzar o labrar diademas y espaldares y sellos como él. Hagar resopló y carraspeó antes de decir que había soñado que nadaba en un mar de mocosos ingratos con cerebro de champiñón aplastado y que sus manos hábiles habían creado todos estos haranir.

La ceremonia es el momento singular en que la diosa mira en lo más profundo de un haranir joven y lo reconoce con alegría.

Hannan todavía era muy chico, pero Ney'leia, Kai'shae y Orweyna casi no podían respirar de la anticipación. No comieron nada durante tres días para honrar el dolor y la pérdida de Aln'hara. Se lavaron los pies en los arroyos para presentarse ante ella descalzos como el día en que nacieron.

Amarakk fue corriendo hasta su amiga por el pasto cubierto de rocío la mañana de la ceremonia. Encontró a Orweyna levantada, lejos de los demás que ya entraban en la cabaña que Hagar había preparado durante semanas. Se lo notaba tímido y, de pronto, estaba casi buenmozo en su túnica larga de color verde. De pronto, después de todo este tiempo.

—¡Vas a hacer que lleguemos tarde! —se río Orweyna. La luz matutina de la Cuna salpicaba la tierra como pintura fresca.

—¿Vas a hacer de cuenta que te importa? Porque tengo un regalo para *Orweyna*. Y *Orweyna nunca* llega temprano. ¿No la viste por aquí? Será mejor que vayas yendo, no querrás llegar *tarde*...

—Aj, basta. Se me ocurrió que podía *probar* la puntualidad por esta vez, para la ocasión. Ver si me gusta. ¿Dónde está mi regalo?

Amarakk sacó algo de entre los pliegues de su túnica nueva y almidonada que todavía olía a los cuidados de su madre. En menos de lo que dura un instante, lo ató al cuello de Orweyna, le besó la mejilla, le susurró en el oído y se fue a toda velocidad para ya no estar ahí para sonrojarse cuando ella viera lo que era.

Un amuleto. Hecho de piedra negra, con un diseño pintado en color borgoña profundo. La forma de un portal, la forma de un mundo. Mucho más refinado que el que ella había hecho para él con sus manos torpes de niña. Amarakk había trazado las ondas y remolinos en la superficie dura de la piedra con tintes del taller de su padre. Orweyna pasó los dedos por la superficie. Mañana ya no serían niños nunca más. Mañana comenzaría la vida. El susurro tímido de Amarakk resonaba en su oído.

A donde sea que vamos, vamos juntos.

Orweyna caminó por las grandes losas de piedra que llevaban a la Guarida de la Remembranza junto a sus amigos. Entraron en una caverna arcillosa, en las paredes colgaban flores secas y guirnaldas de cítricos. Hannan estaba sentado en un rincón y tarareaba, con orgullo, una melodía cada algunos minutos para centrar la mente de los haranir más viejos y mantenerlos atados a este mundo. Un deber muy sagrado.

Los haranir caminaban por la gran cueva silenciosa casi sin animarse a recorrer con los dedos las imágenes que brillaban allí. Oían el zumbido regular del canto de Hannan, la respiración profunda y regular de todas las personas que les importaban. Orweyna se concentró en escuchar a la diosa que cantaba en su corazón en busca de una melodía que pudiera ser la suya, pero solo encontró un tarareo suave. Finalmente, el ronquido quedo de Hagar que descansaba la cabeza contra la pared se unió al tarareo como un contrapunto.

¿Y si no es para nosotros? Pensó Orweyna. *¿Y si todo termina mal?*

Un amuleto. Hecho de piedra negra, con un diseño pintado en color borgoña profundo. La forma de un portal, la forma de un mundo. Mucho más refinado que el que ella había hecho para él con sus manos torpes de niña.

La verdad anidó en su pecho. Amarakk miraba con atención, el ceño relajado, los ojos expectantes. Orweyna lo miró sabiendo que ya nada podía ser igual ahora. *Tú nunca podrías terminar mal, viejo amigo. Pero yo sí. Yo sí. Como me pasó siempre, lo que para los demás haranir es tan natural como caminar, para mí siempre es imposible. Tendría que haberlo sabido.*

Orweyna no encontró su imagen en la pared. Sencillamente se le apareció. No en la pared, sino en la mente. Y, antes de que pudiera darse cuenta, sus manos estaban hundidas en los tintes del zur'ashar Kassameh y ella estaba pintando su futuro con sus propios dedos.

Las largas raíces de Teldrassil —y de otros árboles a su lado, quizá incluso más grandes, si es que eso era posible— se enroscaban en torno a ella, gruesas y brillantes y vivas, y de ellas salían, formando espirales, zarcillos de color amarillo y verde y azul pálido. Serpentinas de madera y savia y tiempo profundo. Como brazos enormes y fuertes, como los brazos de un padre, la hacían subir, subir y subir todavía más alto. Como el pelo largo de una madre que cae sobre la frente de su niño. El aire chisporroteaba con estallidos de verde alegre, con un poder inocente aún jamás usado.

Se pintó a ella elevándose entre las raíces que la acunaban. Subir. Tan lejos. Tan imposiblemente lejos... a menos que la Orweyna en la pared de la cueva quisiera escapar, como había hecho la Orweyna que pintaba la pared. A otro lugar. Otros colores. Otra luz. La canción en su mente era simple y perfecta y verdadera y cierta. Pintó su corazón en la pared, blando y maleable como el musgo. El corazón yacía completamente abierto, pero sin charcos de sangre ni huesos rotos. Orweyna era musgo. Orweyna era tierra. Orweyna era luz y agua. Y de ella nacía todo, ah, todo lo que alguna vez respiró en Harandar. Grande o pequeño, todo brotaba de ella, traído al mundo solo por el placer. Los pobres papasapos, las enormes raíces gimientes siempre en crecimiento, la luz de la Cuna, las hojas brotando y cayendo, el moho y las luciérnagas, el lamento de los moribundos, el llanto de la vida misma y la idea de ese ciclo, los frutos y los hongos y las nubes de lluvia. Hagar. Sus padres, vivos y bien. Amarakk.

En la pintura, en su canción y su sueño lúcido, Orweyna les daba vida a todos, pero no perdía nada cada vez que daba. Cuanto más tomaban, más tenía ella. Todo mientras las raíces y los raizportales la elevaban cada vez más alto, a otro lugar.

Ahora hay noches, en los lugares que Orweyna ha visitado, en que estira sus manos heladas para calentarlas no en las llamas de la fogata de un viajero, sino al calor del recuerdo de ese momento. De su seguridad y su sosiego perfectos. De sus colores y sus sonidos. Cuando, por un momento, fue simple y buena y nada podía tocarla salvo la luz.

Y después se terminó. Desapareció.

Solo quedaban las pinturas.

Pero cuando Orweyna se despertó de su trance y tomó consciencia del mundo más allá de su pintura, no encontró a nadie a su lado. Solo aire oscuro. La porción de cueva de Amarakk tenía una imagen oscura y violenta. Un mundo de muerte y dolor que Orweyna no podía soportar mirar.

Amarakk se había ido.

Calor

—¿Dónde está? —Orweyna le bramó a Hagar como una criatura feroz—. ¿Qué hiciste?

—Yo no hice nada y lo sabes perfectamente, niña. —Hagar dio un suspiro profundo—. Si no quiere que lo encuentren, no lo encontrarán. Tal como sucedería contigo si tú no quisieras. Y deja de chillar... tu voz hace que me duela la espalda.

Colgó una calabaza pesada sobre la lumiflora y se frotó las cejas peludas con la punta de los dedos.

—Pero *sí* sabes en realidad —bufó en un tono más calmo—. Ya pasaron semanas. Más que semanas. Y no me dices. ¡Quieres alejarme de él!

—Por los gemidos de Aln'hara, eres *agotadora*. Por supuesto que sé. Y tú sabrías también si tan solo lograras dejar de estar enfadada un rato y pudieras razonar. Pero no es tu estilo, tú agitas y golpeas todo lo que tienes alrededor y esperas que algo caiga y se haga evidente. Amarakk tiene su propio camino, como tú tienes el tuyo.

—¡Eso ya lo sé!

—Y se ha ido a empezar su vida, como los demás, mientras yo me ocupo de los otros niños a mi cargo, ninguno de los cuales me molesta tanto como tú.

—¡Pero no está en ningún lado! Fui a todas las cabañas, a todas y cada una. Hasta fui a... —Orweyna se detuvo a tiempo. El matorral vacío donde Orweyna abría un raizportal en secreto para ellos. Cuando estaba a solas con Hagar eran tan fácil hablar de más. Pero sus escapadas secretas eran lo único que le quedaba de él ahora—. Nadie ha tomado a un aprendiz nuevo —terminó de decir rápidamente.

Hagar miró hacia arriba.

—Ya me había gastado toda la paciencia que tenía en este mundo mucho antes de que tú nacieras, niña. No me queda ni una gota para tus pavadas. ¿A dónde se fue, entonces, brotecito? Si Amarakk no está en ningún lado, ¿entonces dónde está?

El corazón de Orweyna se derrumbó.

—No. *No*. Eso es imposible. Nunca haría algo así. Es obsceno. Es repulsivo.

La anciana Hagar se sirvió una taza, pero no le sirvió a Orweyna. Nunca le daban té cuando le costaba una lección.

—Es un *gran* honor, niña. El shul'ka Amarakk ha partido a la Falla para protegernos. Regresará cuando regrese.

Orweyna sintió náuseas. Amarakk se había mutilado para siempre. Y se había ido al único lugar donde ella no podía seguirlo.

—Orweyna —dijo Hagar cortante. El vapor de su té formaba círculos alrededor de sus ojos como si fuera un extraño pelo nuevo—. Me parece curioso que en medio de todo este pánico y toda esta furia, ni una sola vez me hayas preguntado qué significaba *tu* pintura. Te has pasado el tiempo dando puñetazos a mis paredes, todo el día echada como una niña castigada. ¿Y *tu* vida? ¿*Tu* lugar? Las amistades de la infancia no van a alimentarte ni vestirte.

—No tengo que preguntar —contestó Orweyna, furiosa—. Ya sé lo que quiere de mí. —*Y no puedo decirte a dónde quieren que vaya las raíces que suben,* pensó en silencio. *Si subes lo suficiente, hay solo un lugar posible.*

Hagar giró la cabeza hacia un lado, mirando a su nieta adoptiva con frialdad, como si nunca la hubiera visto antes.

—Qué fascinante. —Tomó un sorbo largo e hizo un gesto de desagrado cuando sintió el sabor. Quitó los sedimentos—. Yo pensaba lo mismo cuando era joven.

—No tengo que preguntar —contestó Orweyna, furiosa—. Ya sé lo que quiere de mí. —*Y no puedo decirte a dónde quieren que vaya las raíces que suben.*



Orweyna sabía que tendría que haberle preguntado. Tendría que haber pensado en Hagar, en sí misma. Pero corrió su silla con violencia y se fue, furiosa, en dirección a la puerta. Siempre era grosera.

—Ve a ver a un rutaani llamado Chaaga. —Hagar suspiró agotada—. Antes de que te termine arrancando la cara un sapopez malvado por pura estupidez. Lo encontrarás en el Bancal Florido y lo reconocerás por el olor. Dile a ese yuyo viejo que le daré tres cuencos de gusanos *muy* gordos si no te mata. —Volvió a mirar a Orweyna—. Cuatro. Eres *agotadora*.



Oscuridad

El Bancal Florido estaba en la frontera del Valle de las Brumas, un gran bosque de vides luminosas de color fucsia y cobalto y esmeralda, lleno de torres fúngicas cubiertas de líquenes peludos. Orweyna casi podía ver luz de la Falla, que resplandecía azul y violeta al sur.

El olor de la enramada de Chaaga casi hace desmayar a Orweyna. Los haranir saben algo de perfumes, dado que viven entre flores y esporas, pero esto era diferente. Tan complejo, con tantas capas, tan delicioso y brillante, de alguna manera al mismo tiempo picante y delicado y más dulce que los recuerdos.

—¿Chaaga? —llamó Orweyna hacia las amplias cavernas de colores.

Un rugido hostil sonó desde todas partes.

—¿Eres tú?

El rugido pasó de la hostilidad a la advertencia.

—Hagar tiene gusanos para ti.

La pared del fondo de la caverna, hundida en las sombras y plagada de luciérnagas, se movió. Se movió *hacia* ella. La masa de flores y hojas abrió los ojos. Estolones enrulados y brotes con espinas crecían como antenas en la parte superior de su cabeza. El rutaani apoyó una mano cubierta de pétalos en la tierra y canturreó.

Ah, pensó Orweyna. *Ah. Los gusanos refinan la tierra. La hacen mejor, más nutritiva. Hagar le ofreció un banquete.*

Orweyna le explicó todo, que ella había amado a Amarakk, que él se había mutilado y se había ido solo a la Falla, que ella necesitaba encontrarlo, que no le serviría a nadie si se volvía loca escuchando la canción de la Falla. Que, como él vivía tan cerca, ella pensaba que quizá conocería alguna forma de que pudiera seguir a su amigo.

Chaaga golpeó el suelo con una pata y canturreó:

—Gusanos por una vida. Si esta haranir busca la Falla, esta haranir busca la muerte. Uno no se la dará.

El pedido de Orweyna se transformó en lágrimas.

—Tiene que haber una forma. Hagar dijo cuatro cuencos de gusanos... *de los gordos*. Por favor, yo... se lo prometí. Le prometí que iría a donde él fuera.

Chaaga volvió a cerrar los ojos.

—Planta tus raíces donde pertenecen.

Si tan solo lograras dejar de estar enfadada un rato y pudieras razonar.

Orweyna ya no era una niña. Nadie vendría a sacudirle el polvo y mostrarle cómo hacer las cosas bien, nunca más. Y además, *por supuesto* que podía razonar las cosas. La haranir apoyó una mano sobre su corazón. Dejó que la pena que sentía en su interior se abriera paso libremente por su cara. Aflojó un poco la cuerda y perdió el control de todo.

Los ojos del rutaani parpadearon con lentitud.

Hagar estaba equivocada. Orweyna *sí* había preguntado qué significaban sus pinturas. Cien, mil, un millón de veces. Solo que no le había preguntado a *Hagar*. En las semanas y semanas que pasó sin Amarakk se había preguntado a sí misma una y otra vez. Le había preguntado a Teldrassil. Y le había preguntado a la diosa. Pero su única respuesta fue la que ella ya sabía, sincopada por la misma canción constante que había oído en cada momento de su vida.

Orweyna cerró los ojos y comenzó a cantarla. La canción de la diosa, como podía, con la única y sencilla boca que tenía. Para Chaaga. Para Amarakk. Para todos ellos. Para sus padres y Hagar y la pobre bestia muerta que había matado hacía tanto tiempo, demasiado rota para entender qué le estaba pasando. Su canción no tenía palabras porque la de la diosa no tenía.

Pero cuando abrió los ojos, el rutaani gigante le extendía su mano marrón; la había bajado para que quedara a su alcance. En su palma florecida había dos semillas perladas.

—Cuánto dolor.

Chaaga se llevó la otra mano a la oreja. La bajó y su costado frondoso crujió. Volvió a levantarla.

—Plántalas donde bloqueen el sonido. No frena. Hace lento, demora.

Había una forma.

Agua

Orweyna no entendía.

Ni siquiera después de haber sentido los gemidos agonizantes de una de esas pobres monstruosidades apagándose en sus manos. Ni siquiera después de que la anciana Hagar se lo dijo directamente, cientos de veces. Ni siquiera después de las historias contadas en torno a la lumiflora, ni después de las pinturas en la Guarida de la Remembranza. Había prestado tanta atención como a cualquier otra cosa en su vida. Pero Orweyna todavía imaginaba la Falla de Aln como un lugar extenso y solitario, tierras desoladas de sombras y crepúsculo. Cada tanto, quizá una vez por año, quizá menos, una bestia trágica e inefable podía atravesar con paso fatigoso las tierras malditas antes de que los valientes shul'kas la cazaran y eliminaran con presteza.

No entendía.

La Falla está *llena*.

Orweyna oyó los gritos antes de siquiera estar cerca del borde del abismo prohibido. Inhumanos, inanimales. Nada vivo podía hacer esos sonidos. Eran heridas abiertas que podías escuchar.

Se apresuró a deslizar las semillas de Chaaga en sus oídos. Esos gritos, esos gritos, incluso a la distancia, astillaban los bordes de su propio ser, hambrientos por la idea de Orweyna, por la sensación que un ser pensante tiene de quién es y quién ha sido. Las

semillas le dieron un pequeño escalofrío líquido, como el agua que le salía de los oídos cuando finalmente emergía del río después de haber nadado y pescado todo el día. Después un pinchazo punzante, después la bendición del silencio.

Orweyna no sabía qué había esperado. Tal vez se había creído muy astuta, Tal vez estaba orgullosa de haber razonado todo tan bien y de haber convencido a un seto gigante de ayudarla. Tal vez había creído que era remotamente posible convertirse en shul'ka sin pagar el precio y después regresar alegremente a su buena vida, real y sólida, sin una preocupación. *Si esta haranir busca la Falla, esta haranir busca la muerte.*

Orweyna sintió cómo le salían de los oídos pétalos largos y extraños de puntas onduladas. Sintió sus estambres y pistilos perforar el aire y crecer en cientos de colores sin nombre. La protegían de los sonidos, tapaban sus oídos. Protegían su ser más profundo. Pero todavía oía la canción dulce y antigua de la diosa en su interior. Solo que no escuchaba *nada más*.

Y, por un momento, Orweyna de verdad pensó que eso funcionaría tan bien como el método de los shul'ka. Como si, de ser tan simple, no habrían hecho antes un pacto con los rutaani para poder cultivar semillas auriculares a montones.

El primer corte que le hizo una pata llena de colmiespinas, certera como un cuchillo sobre la piel, reveló su estupidez con total nitidez. Orweyna nunca oyó las pisadas siquiera. Nunca oyó los gritos, el ruido metálico de su cara brillante de maldad mientras sus diez mandíbulas traslúcidas se cerraban, rasgando la piel delicada de su propia garganta. Nunca oyó su respiración cuando la acechaba en los bajos de la Falla, ni las piedras que se rompían bajo sus pies imposibles. Ni siquiera se dio cuenta de que el desdeñado de Aln estaba ahí hasta que lo tuvo encima, mordiendo, desgarrando, vomitando icor y cosas peores en su cara, tratando de ahogarla en su desperdicio.

Orweyna sintió cómo los dientes le atravesaban la carne del hombro. Gritó, pero tampoco pudo escuchar eso. Solo el llanto lento, triste, roto de la canción de la diosa cuando el dolor la arrasó... iba a volverla loca en breve si el desdeñado de Aln no la mataba antes. La cosa era más grande, mucho más grande, que la que ella había combatido en la niebla. Muchísimo más grande que la que la había acechado en sus pesadillas durante años. Su solo peso la dejaba clavada al piso; el aliento sobre su cuello le ampollaba la piel. Por lo menos no escuchaba sus propios gritos sobre la canción retorcida de la diosa.

Y entonces el peso, la pestilencia desparecieron. Orweyna retrocedió arrastrándose, buscó sus armas, jadeando, tensa. Lo único que vio fue carne brillante moviéndose en la oscuridad. Lo único que escuchó fue a la diosa y su canto perturbado que sonaba, sonaba, sonaba.

A donde sea que vamos, vamos juntos.

Amarakk estaba sobre el lomo improbable de la bestia. A Orweyna le costó reconocerlo, delgado y fuerte al mismo tiempo, serio, más grande. Tenía la boca abierta; él también estaba gritando. Pero ella no lo oía. Ni siquiera oía si estaba gritando su nombre o si eran alaridos de furia sin palabras. No oyó tampoco el sonido de su espada cuando finalmente cortó la garganta del desdeñado de Aln y pintó el matorral con sus restos.

Lo único que oía era la canción perturbada. Pasó un momento atroz y después otro.

Lo último que vio fueron los ojos de Amarakk antes de que el dolor la consumiera.

Verde

Cuando Orweyna despertó, la canción de la diosa se escuchaba con más fuerza que nunca. La sentía vibrar en su pecho, como si intentara expulsar el dolor que la había atravesado.

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola.

Allí estaban los dos niños, pero ya no eran niños. Nunca serían niños de nuevo. Respiraban agitados. Se miraban. Las flores de Orweyna se habían marchitado y caído. Ya oía de nuevo, oía el murmullo de las criaturas al acecho en las profundidades del Valle de las Brumas. Amarakk la había llevado a su campamento, un refugio simple desde el que podía moverse fácilmente cuando lo necesitaba. Pensó con amargura que el viejo Amarakk se habría reído de esas flores tontas que le crecían de la cabeza. Que habría compartido con ella cualquier tienda que tuviera, incluso antes de llamarla suya.

Este Amarakk nunca volvería a reírse.

Se miraron a los ojos durante mucho tiempo.

A donde sea que vamos, vamos juntos.

Amarakk estaba sobre el lomo improbable de la bestia. A Orweyna le costó reconocerlo, delgado y fuerte al mismo tiempo, serio, más grande. Tenía la boca abierta; él también estaba gritando. Pero ella no lo oía.

—¿Cómo suena? —preguntó Amarakk por lo bajo—. No me acuerdo. Tienes que decirme. Me debes consuelo.

Orweyna pestañeó para contener las lágrimas.

—No puede ser tan definitivo. Todavía puedes sentir algún susurro. Yo sé que puedes. Siempre fuiste muy fuerte. Inténtalo.

—¿Crees que no lo intenté?

—¡Intenta de nuevo!

—¡No hay *nada* que intentar! Cuando toco el lugar en mi memoria donde debería estar, solo encuentro vacío. Viento. Ramas muertas en la oscuridad.

Orweyna no quería permitirse llorar. No podía ser una niña. Si él no podía, ella lo iba a intentar.

—La canción de la diosa suena como el color de la luz de las estrellas. Como la primavera floreciendo toda en un mismo momento. Como el tarareo de la propia madre mientras teje una cesta y la llena de frutas y también como las frutas creciendo. Suena como el llanto y la risa y como crecer, y suena como la sensación de tu mano en la mía. Listo. ¿Te di consuelo?

—No, Orweyna. No, y es algo que nunca más tendré.

—Ven conmigo entonces. Estemos juntos como siempre hicimos. Lo que te has hecho a ti mismo no importa. Podemos irnos, cruzar el matorral hacia el mundo. Abrirnos camino, encontrar nuestra suerte.

Amarakk negó con la cabeza. Orweyna casi no le veía la cara.

—Ahora es demasiado tarde para eso. Sé demasiado.

—No sabes nada. Solo lo sospechas. Ni siquiera te quedaste a preguntar cuál era mi destino. Pésimos modales, para ser sincera.

—Yo sé lo que soy, Orweyna. Lo que debo ser. Creo que siempre lo supe, desde ese día en la niebla. Mis pasos no podían llevarme a ningún otro lado. Creo que pasé tantas horas contigo porque siempre supe que esas horas tenían un fin.

—Y ni siquiera ahora me preguntas. Siempre mirándote a ti mismo. Voy a subir, Amarakk. Subir. Las raíces quieren llevarme hacia arriba. La diosa quiere que me eleve. Sabes lo que eso significa. Sabes dónde termina la subida. Azeroth, Amarakk. *¡Azeroth!* ¡Ven conmigo! ¡Allí hay lugar de sobra para los dos!



—¿Y si se equivoca, Orweyna?

—No seas tonto, Sir Cobardoni. La ceremonia nunca se equivoca. Suena la canción; nosotros bailamos. Así son nuestras costumbres, las de todos nosotros.

La cara de Orweyna se contorsionó en una mueca cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo en realidad. Pero no iba a aceptarlo. Ni siquiera de su propia boca.

—Me traicionaste —continuó entre dientes—. Podría odiarte, Amarakk, si lo intentara con todas mis fuerzas.

—Inténtalo —respondió él con pesar. Casi con una sonrisa, casi como antes.

—¡Me mentiste! ¡Me mentiste! —Orweyna le gruñó ya sin esperanzas—. Éramos una sola vasija, ¡y tú nos estrellaste contra una pared antes de que pudiéramos empezar a vivir! ¿Siempre supiste? Yo estaba ahí, Amarakk, y no, *¡no siempre supiste!*

—Yo nunca te mentí, Orweyna. No miento. No puedo. Excepto, quizá, a mí mismo.

—¿A donde sea que vamos, vamos juntos?

Por un momento, por última vez, Amarakk tuvo la decencia de mostrarse triste.

—¡Olvídate de los desdeñados de Aln, tonto! —Orweyna se limpió la nariz con el dorso de la mano, llorando abiertamente por última vez—. *Yo* te desdeño. *Yo*. Te mutilaste. ¿No lo extrañas? ¿No la extrañas *a ella*?

Los colmillos de Amarakk brillaron con furia en la niebla.

—Si vuelves a preguntarme eso, me iré y no volverás a verme. Ni una sola vez te pregunté si extrañabas a tus padres, Orweyna. No puedes preguntarme eso.

—¿No me extrañas *a mí*? —susurró Orweyna.

Pero Amarakk se quedó callado un largo rato.

—Hay cosas más importantes que las promesas.

—¡Más mentiras! ¿Qué puede ser más importante que nosotros? Que nuestras vidas aquí, que crecer juntos, hacernos más sabios, más viejos en unidad con nuestro pueblo como hicieron todas las personas que conocemos.

—¿*Ahora* quieres hacer lo que hicieron todas las personas que conocemos? ¿*Tú*, Orweyna?

Orweyna se retorció los dedos como una niña pequeña, otra vez destrozada.

—Tú eras todo lo que tenía. Toda nuestra vida escuchamos la misma canción

elevarse en nuestro interior, y ahora eso no sucederá nunca más. Nuestra parte de la melodía nunca volverá a sonar en la gran canción. Y tú no me lo dijiste. Simplemente te fuiste. Sin siquiera una canción de despedida.

—Hay cosas más importantes que las despedidas.

—Entonces, dime. Dime, Amarakk. ¿Qué es más importante que tu juramento y tu honor?

Amarakk aulló en la niebla infinita. Un aullido de agonía que salió de sus huesos y viajó hasta su garganta.

—*Tú.* ¡Tú, Orweyna! Y mi madre y mi padre y Hagar y Hannan y todos, todos los haranir. Para protegerte *a ti y a todos*, no hay juramento que no rompería, y el honor no le da de comer a nadie, mucho menos a los muertos. Lo vi suceder. Lo soñé despierto. Los vi a todos muertos y destrozados; vi a Harandar sangrar. Y yo podía evitarlo. ¡Lo único que tenía que hacer era renunciar a todo!

En la quietud resonante, la respuesta de Orweyna fue veloz.

—No puedo perdonarte, Amarakk.

—Yo no puedo perdonarte *a ti*, Orweyna. Me alegra que te esperen aventuras bajo el sol. Una gran misión de la diosa. Veo cómo te enciende las venas. Pero mi lugar es en las sombras.

—¿Y tú qué es lo que tienes que perdonarme? Yo no me mutilé sin decir una palabra. No me convertí en una rompejuramentos. —Pero ya no quedaba casi fuego en sus palabras. Había perdido y lo sabía.

Amarakk trató de tomarle la mano. Orweyna la retiró con un movimiento brusco.

La expresión de Amarakk se volvió amarga.

—No podías dejarme ir, amiga mía. En tu arrogancia, antepusiste tu juicio por sobre el de la diosa. No creíste que podía sobrevivir sin ti. Porque me salvaste una vez, creíste que yo no podía valerme por mí mismo. Ese día, en este lugar, entre la niebla, *tú* tuviste tu victoria, pero eso me quitó algo. Y nunca intuiste mi vergüenza porque solo pensabas en tu triunfo. Te mirabas solo a ti.

—Dije que nunca te abandonaría de nuevo. *Nada* es más importante que las promesas. Yo no rompí la mía. Yo también tuve visiones, también pinté mi pared. Quería contarte. Pero te habías ido.

—*Tú*. ¡Tú, Orweyna! Y mi madre y mi padre y Hagar y Hannan y todos, todos los haranir. Para protegerte *a ti y a todos*, no hay juramento que no rompería.

—¿Qué viste?

—Me movía dentro de ella. Me movía *como* ella. *Era* ella. Aln'hara, su inocencia robada. Su esencia robada. Y si yo me desperté de esa visión, Amarakk, si la pesadilla terminó para mí, quizá también pueda terminar para ella. Quizá puedo resolverlo razonando. Quizá puedo salvarla. Quizá la clave está allá arriba. En Azeroth. Donde brilla el sol. ¿Si no, por qué la diosa me enviaría un sueño de su propio dolor?

—Espero que encuentres el modo, Orweyna. De verdad. Que la canción te siga en todos tus días.

—Pero tú no me seguirás.

—Yo no te seguiré.

Orweyna oía en la canción de la diosa la agonía y el dolor de Amarakk, su conflicto, el modo en que su visión lo poseía y se negaba a aflojar la mano que apretaba la garganta de su futuro a menos que cumpliera con su deber. Le daba pena, le rompía el corazón. Con el tiempo, lo perdonaría, a pesar de lo que había dicho.

Pero él no oía el sonido de su propio dolor en la canción de la diosa. Ya no. No oía el corazón de Orweyna, su sueño, sus motivos, su furia, su culpa, su soledad, su desesperación. Su pérdida de él.

Se quedaron ahí de pie, entre las ruinas de su niñez, solos y separados, cada uno en su propia cabeza, furioso con el otro, acusando y defendiéndose en silencio. Una canasta que ahora tenía una sola asa, desgastada y a punto de romperse.

Y aun así se entendían. Como siempre.

—Sir Cobardoni —susurró Orweyna—. No me dejes.

Pero Amarakk se fue. Y ella se quedó sola.

Flor

Orweyna creció y se volvió fuerte. Había tenido mucho tiempo para pensar, mientras crecía. Pasó tanto tiempo que hasta Hannan llegó a la adultez. Todos, en realidad, todos los viejos amigos de Orweyna y Amarakk. Quizá cinco serían suficiente. Quizá

no. Seis sería mejor. Pero a veces una vasija se astilla de modo tal que es imposible arreglarla. Orweyna todavía no había decidido si les iba a decir que su camino era salvar a Amarakk o salvar a la diosa misma. No estaba segura de qué versión iban a creer más. Ella misma no estaba segura de qué deseaba más.

Pero mientras se preparaba para entrar al resto de su vida (*suben, suben, las raíces suben*), mientras guardaba sus pertenencias, sus recuerdos, todo lo que tenía que era joven y nuevo, se aferró a una cosa por sobre todo lo demás, una cosa preciosa de Harandar que le daría calor en las noches frías de la superficie, incluso por sobre la visión de la diosa, que ahora le llegaba a Orweyna despierta y dormida.

Cuando Amarakk se alejó de ella, vio el viejo amuleto que le había reglado debajo de su manto. Esa piedra vieja y repiqueteante decorada por una niña.

El amuleto más refinado que le había dado Amarakk también colgaba bajo el manto de Orweyna el día que dejó su mundo. Junto a su corazón. Junto al de él.

Entre los dos y lo que fuera que les esperara.

ACERCA DE LA AUTORA

Catherynne M. Valente es una autora de best sellers internacional, con más de cuarenta obras publicadas de ciencia ficción, fantasía y terror, entre las que se incluyen *Space Opera, Deathless, Radiance* y la saga de *Fairyland*. Ha sido galardonada, entre otros, con los premios Hugo, Nebula, Locus, Lambda, Sturgeon y Scribe. Reside en una pequeña isla frente a la costa de Maine, junto a su hijo y una pequeña legión de animales aterradoramente inteligentes.